

VISITA E IMPRESIONES SOBRE EL CAMPO DE BATALLA DE JUNÍN

Héctor Quintero Arredondo

Deseo compartir con usted y con los distinguidos integrantes de la prestigiosa Academia, las singulares experiencias que vivimos en las punas de Junín los días 5 y 6 de agosto del presente año.

1. Razón del viaje

El Señor Alcalde de la ciudad de Junín, Don Enrique Canorio Astete y su cuerpo de regidores organizaron –tal como lo hacen cada año– los actos conmemoratorios del aniversario de la batalla que ha sido denominada como de las caballerías.

En honor de los habitantes de aquellas zonas debo registrar que el acto lo planean y ejecutan sin recursos nacionales, lo cual constituye grande mérito para aquellos habitantes de la Sierra Peruana.

Tuve el honor de recibir invitación proveniente del Señor Alcalde y fui acompañado por distinguidos funcionarios civiles y militares de nuestra Misión, por los Agregados militares de Chile y de Venezuela y algunos compatriotas nuestros y por otras personas de las naciones andinas.

2 . El campo y los sitios que lo rodean

De conformidad con los integrantes del grupo visitamos parte de los alrededores, lo cual describo a continuación.

El sitio de la batalla se encuentra al Sur de la Laguna que se conocía como Laguna de Reyes y que hoy es el lago de Junín. Circundando la laguna se

extienden –como si fuera una membrana adhesiva– los pantanos que presentan figuras caprichosas y que con el sol de aquellas tierras gélidas parecen espejos.

Conocimos el lado oriental de este sistema lacustre y la razón de ello es la de que la moderna carretera que atraviesa la llanura andina que llaman puna, fue construida por ese lado.

Según mis conocimientos de los hechos, la carretera está construida por los parajes en los cuales se movió el Jefe del Ejército del Norte que defendía los estandartes del Rey, el General José de Canterac, quien ya había recibido órdenes de detener el avance del ejército de los independientes. Vale la pena recordar que esta decisión fue tomada luego de arduas discusiones en el Estado Mayor de Laserna, puesto que las opiniones se dividían en torno al punto geográfico en el cual se debía intentar el taponamiento de las fuerzas patriotas que bien podía ser antes o después del Cerro de Pasco, protuberante montaña que constituye una barrera natural entre dos sectores de la Sierra.

Tengo la sensación de que Canterac prefirió idear su plan con base en la puna o sea mas al sur del Cerro porque confiaba mucho en su caballería, que de poco le servía en los riscos y porque conocía los rigores de la puna y sabía que sus soldados ya estaban habituados a tales dificultades.

En nuestro recorrido nos preguntábamos por el sitio en el cual Bolívar pasó revista a las tropas el 2 de agosto de 1824, ocasión en la cual pronunció una bellísima proclama, digna de figurar en lugar especial dentro del capítulo de la epopeya. Fue así como llegamos al casco del pueblo denominado Cerro de Pasco o simplemente Pasco, que está ubicado en una zona minera, a 4.400 mts. de altura, cuya explotación es conocida desde hace 500 años. El pueblo presenta la típica construcción de los enclaves que nacieron a la hispanidad en la colonia y con miras a la explotación de los yacimientos. Calles irregulares, caprichosamente curvadas, esquinas en punta o trapezoidales, plazoletas trazadas a manera de figuras geométricas caprichosas, diríamos algo parecido a nuestro Remedios o Yolombó, Segovia o Zaragoza. Según los habitantes que nos ayudaron en el conocimiento del municipio, la razón de tales caprichos urbanísticos estriba en que no existió un trazo propiamente dicho, sino un crecimiento en torno a los senderos que conducían a la boca de la mina y que servían para que humanos y animales llevarsen o trajesen elementos necesarios para el laboreo.

En Cerro de Pasco nos informaron que el sitio en donde acampó el ejército y en donde El Libertador pronunció su famosa arenga estaba muy cerca y que

la carretera –aunque en regular estado– permitía llegar al punto en veinte minutos. A pesar del cansancio pues ya completábamos siete horas desde nuestra salida de Lima, retomamos la vía y en el tiempo indicado llegamos a Rancas, que es el nombre original o Simón Bolívar como lo llaman actualmente.

El lugar en donde acampó el ejército se encuentra plenamente identificado. El general ® Alvaro Valencia Tovar lo llama Pampa Sacramento y la verdad es que se trata de un llano en el cual perfectamente pudieron estacionarse los nueve mil hombres que componían ese contingente, en el cual estaban representados llaneros y montoneros al lado de todas las sangres de América y varias del viejo continente.

El sitio de Sacramento presenta aguas y pastos en cantidades suficientes para el ejercicio de acampar que necesitaba el cuerpo militar. En aquellas regiones llueve copiosamente entre septiembre y abril y por ello a finales de Julio todavía existen pasturas y comida como para permitir el sostenimiento de un ejército; pero ello también nos pone a pensar que era necesario movilizarse dado que el crecido número de bestias y hombres hacía muy difícil permanecer por un tiempo prolongado en cualquier sitio.

En la pequeña pero alegre placita se levanta un monumento al Libertador, el cual –aunque no muy afortunado como obra escultórica– si constituye un testimonio del afecto de los habitantes por el gran caraqueño.

Pero lo que nos llegó al alma en Rancas fue conocer la pequeña construcción de piedra y sencillo techo que sirvió para que el Libertador durmiera allí los dos últimos días de julio y el primero de agosto. Se conserva la cama (un catre no muy grande) que debió estar cubierto con pieles de cordero y la pequeña chimenea que alimentaban con materia orgánica proveniente de las tundras cercanas. Según la tradición, en aquellas frías noches en donde la temperatura puede bajar hasta menos quince grados centígrados, Bolívar recibió la agradable compañía de la joven Facunda Pagán, quien luego lo acompañó un trayecto más del camino que conducía por uno de los bordes de la laguna...

Para acrecentar más las leyendas amorosas y las dudas sobre descendencia del Libertador, en Rancas se asegura que por generaciones se ha dado una familia en donde siempre aparece un vástago asombrosamente parecido al Libertador, el cual hace el papel de Bolívar cuando se celebra alguna festividad patria.

No tuvimos igual precisión en cuanto al sitio en el cual se produjo la inmortal arenga. La planicie descrita termina en una barranca no muy elevada sobre la cual se levanta el poblado; en cualquier punto de esta barranquita que puede

tener un kilómetro de largo pudo haberse inspirado y entonado Don Simón... pero existe un pequeño cerrito, el Machacaycha, en cuyos pies se levanta el monumento al Héroe y que en sus cortas faldas permite que variadas formas petreas lo aprisionen y al cual los lugareños rinden tributo en las festividades de la fertilidad (la Pirhua). Ella consistente en entregarle licores y productos de la tierra pues el cerrito es una especie de Apus o cerro tutelar.

Pensando en la capacidad histriónica de Bolívar y teniendo en cuenta que el promontorio no está muy lejos de la pampa, me atrevo a plantear que difícilmente el gran dirigente se situaría lejos del cerrito éste; pero, obviamente es mera especulación..

Cuando las sombras del final de la tarde caían sobre la puna y con dolor veíamos los destrozos que las explotaciones mineras han hecho sobre algunos cuerpos de agua, llenos de emoción no pudimos olvidarnos de Choquehuanca cuando dijo de Bolívar que “tu gloria crecerá como crecen las sombras cuando el sol declina”.

Ocupémonos ahora del sitio de la batalla y de la acción bélica en si. Los hechos se dieron en un pequeño sector de la inmensa pampa. El espacio de terreno utilizado fue el sector seco que está muy cerca de los cerritos que se levantan al final de los pantanos. Incluso el punto en el cual debieron chocar las caballerías inicialmente, es una lengua de tierra de aproximadamente 100 metros, ubicada entre los dos cerros y no me parece extraño que para los días de la confrontación algunos sectores del pequeño callejón estuvieran mojados por lo cual el espacio apto para la maniobra pudo ser aún mas reducido.

La longitud de los cerritos no es igual. Uno de ellos, el occidental, es más extenso y además un poco más elevado. Esta circunstancia es muy importante para entender el desarrollo de la batalla.

Don José de Canterac era un militar muy importante. A más de lo anterior conocía muy bien la zona y tuvo el tiempo suficiente para planear las acciones previas; en especial la escogencia del sitio en el cual decidió dar la acción de taponamiento.

Y lo escogió bien. Situó su caballería a la salida de los cerritos, en terreno seco. Su posición era correcta y además fue favorecido con la decisión de los independientes que –en su afán de cortar a los realistas– habían ordenado avanzar rápido para tratar de llegar primero a la boca de los cerritos, movimiento fallido dado que cuando los soldados de caballería del ejército patriota llegaron Don José ya estaba allí.

Me queda por aclarar la razón por la cual la infantería no acompañaba a la caballería. Al respecto conozco dos hipótesis; la primera consiste en que aquellos movimientos de Canterac se daban con base en la caballería y que la infantería estaba atrás pues no se puede olvidar que las tropas venían del sur. La otra posibilidad es que el general realista sabía que el choque iba a ser de caballerías y por ello no planeó utilizar la infantería dejándola a la espalda para garantizar las comunicaciones con Tarma, Huancayo y Cusco.

Bolívar había querido cortar a Canterac. Por ello, al darse cuenta que el español se había movido por las orillas opuestas de los pantanos y de la laguna, ordenó a su caballería que se moviera rauda hacia el sur. Al llegar a los cerritos sólo pudo disponer del espacio seco, lo cual obligó a combatir en situación muy difícil. El objetivo de Canterac estaba a punto de cumplirse.

Pero el valor de los llaneros grancolombianos y de las montoneras peruanas, apoyados por los demás cuerpos extranjeros lograron mantener una situación muy comprometida. Todavía hoy se discute la verdad del parte de Junín, en especial por iniciativa de los contradictores del Libertador que aseguran que el ejército retrocedió sensiblemente y que el propio Bolívar tuvo que resguardarse. La versión mas conocida refiere que la carga de Canterac fue muy dura y que aguantarlo con algún retroceso sólo se logró con base en mucho arrojo. Los llaneros combatían en circunstancias muy duras. Hombres provenientes de Casanare, Arauca, Barinas etc. estaban allí a 4180 metros y con vientos muy fríos que los obligaron a realizar un esfuerzo sobrehumano. Aquellos centauros cabalgaban casi sin silla de montar y el equilibrio lo guardaban introduciendo el dedo gordo del pié en una argolla o redondel que reemplazaba el estribo. Su capacidad de movimiento y el largo de las lanzas ancladas en estilizados bambúes permitía a los cobrizos llaneros soportar la carga. A su lado estaban los montoneros que había organizado Otero y que provenían de los sitios aledaños en donde Ninavilca, Estomba y Deheza, entre otros, los habían organizado.

Fue entonces cuando se ordenó el movimiento de flanco que salvó a los independientes de una derrota. El Coronel Suárez, argentino vinculado al Perú, comandó un pequeño cuerpo que subió sobre el cerro de occidente, más largo que el de Oriente y avanzó “por encima” de los que combatían, de manera tan inteligente y rápida que, cuando menos se pensó, las banderas peruanas aparecieron más allá del ojo del huracán para luego descender y amenazar el flanco izquierdo y la retaguardia de Canterac.

Aquí vino lo inexplicable. Cuando las tropas del Rey sintieron las lanzas y las espadas mordiendo sus carnes como fruto de la acción de Suárez, no reac-

cionaron a la altura de su tradición. El propio Canterac –en su parte sobre la batalla– dirá que él no puede explicar que le pasó a la caballería que llevaba 14 años de victorias, la cual entró en desorden y luego en pánico.

Darle oportunidad a los llaneros era firmar la sentencia de muerte. Cuando Necoechea, Silva, Miler, Lara etc. sintieron que aflojaba el asedio, se movieron con todo y los hijos del llano hicieron que sus lanzas rompieran los cuadros de Don José.

Canterac no pudo contener a sus soldados. Supongo que con dolor y rabia tuvo que sumarse a la huida, a galope tendido, en la búsqueda de un sitio y momento oportuno para rehacerse; entretanto sus hombres se movilizaban en desorden hacia Tarma unos, a Jauja otros y en general buscando diversos caminos para escapar de la persecución independiente. Bolívar, victorioso, cambió la capital de la provincia y decidió que en adelante lo sería la Villa de Junín, asunto que todavía no le perdonan muchos tarmeños.

Se había demostrado que el brillante ejército realista estacionado en el Perú sí era derrotable.

Termino este segundo acápite recordando dos conceptos fundamentales de la confrontación: en la acción de Junín no hubo un solo disparo; todo se consumó con base en ataques y defensas de armas blancas. Tampoco combatieron las infanterías; ya escribí sobre la realista; por su parte la independiente estaba atrás dado que la caballería fue enviada a paso rápido para cortar a Canterac en una acción de riesgo y audacia que a la postre resultó vencedora.

Por esta razón el gran José María Córdova, quien venía al mando de la infantería, no pudo combatir; acumulaba gloria para derrocharla en Ayacucho.

3. La ceremonia de la conmemoración

Sobre el mismo campo y a continuación del obelisco que conmemora la acción, se levantó un palco principal y varios adicionales para los amigos peruanos que quisieron asistir.

Los descendientes de aquellos montoneros son hijos de las etnias originarias del Perú serrano. De corta estatura en su mayoría, tienen pecho ancho y ya están adaptados a los rigores de la tierra.

Precedidos por una modesta representación de los Húsares de Junín, que aún visten el uniforme que lucieron en aquella jornada, durante cinco horas desfilaron hombres y mujeres que desafiaron la altura y el frío. Mientras lo

hacían yo recordaba a los montoneros y a los llaneros que combatieron y elevé una muda oración por los que allí murieron...

Cuando me correspondió hacer uso de la palabra hice el elogio de los soldados que no figuraron en las listas de los comandantes, alabé la capacidad de adaptación de los llaneros y el ánimo de los montoneros.

Prometí que les contaría a Ustedes, queridos académicos, sobre estos acontecimientos e hice una invocación sobre la necesidad de que los latinoamericanos –tal como se hizo en 1824– ahora seamos capaces de encontrar caminos comunes para una Gran Patria mejor.

Utilicé un pedazo de nuestro himno que caía como anillo al dedo a la ocasión: “espadas cual centellas fulguran en Junín y empieza a presentirse de la epopeya el fin”.

Termino estas líneas contándoles algo que les servirá para entender mejor el esfuerzo heroico de los ejércitos en aquella jornada. Eran las doce de la mañana y había sol cuando la temperatura bajó a casi cero grados, se hablaba de tres; al tiempo cayó algo de agua que en las punas cae en proceso de congelación o ya en forma de granizo, el viento se tornó helado; a pesar de nuestro deseo de permanecer hasta el final, tuvimos que pedir excusas al Alcalde para retirarnos pues las caras de varios de nuestros compañeros estaban de color violáceo y yo no sentía los talones ni los dedos de los pies. El amable Alcalde entendió las razones y me pidió firmar el libro de visitantes ilustres; cuando tomé el bolígrafo mis dedos no obedecían y tuve que frotar mis manos durante un buen rato para lograr escribir –con la más fea caligrafía de la cual me acuerde– un trozo en honor de los Héroes de Junín.

Cuando pude sentarme en el vehículo del Ministro Consejero, el doctor Libardo Álvarez, quien amablemente había encendido la calefacción, sentí que debía comprender la valentía y el esfuerzo de aquellos centauros en cuyo recuerdo y por su gloria he escrito este humilde artículo.